

Herman Melville

Pierre o las ambigüedades

I

Hay en el campo ciertas mañanas estivales misteriosas, en las que, cuando sale a pasear temprano, el visitante llegado de la ciudad queda extasiado ante el espectáculo que le ofrece un universo verde y dorado, aparentemente sumido en un profundo trance. Las flores están petrificadas; los árboles olvidan dejar mecerse por el viento; la hierba cesa de crecer; la Naturaleza, en suma, consciente por unos momentos de su carácter inextricable, se refugia en el silencio y se sumerge en un reposo indescriptible y sobrenatural.

En una de estas mañanas del mes de junio Pierre salió de la antigua mansión de sus padres, adornada con parras y provista de gabletes, fresco y con ese aire espiritual que el sueño confiere al hombre; cruzó con expresión alegre la ancha avenida de olmos del pueblo y dirigió sus pasos, casi sin darse cuenta, hacia una casa de campo que asomaba tímidamente en lontananza.

El glauco trance permanecía lejano y espléndido; nada se atrevía a alterarlo, excepto los moteados rebaños que avanzaban soñolientos hacia los pastos, seguidos, no conducidos, por muchachos de pies blancos y mejillas rubicundas.

Pierre, embrujado por aquel milagro hecho de silencio, se acercó a la casa, pero de pronto se detuvo y levantó la mirada hacia el batiente de una ventana. ¿A qué se debía la pausa brusca y apasionada del joven? ¿Por qué sus ojos y mejillas se habían encendido de un modo tan vivo? En el alféizar de la ventana reposaba una almohada de un blanco deslumbrante, sobre la cual un arbusto anónimo había depositado con suavidad una hermosa flor carmesí.

«Flor fragante —pensó Pierre—, bien puedes sentirte atraída por esa almohada en la que no hace aún una hora reposaba su mejilla».

—¡Lucy!

—¡Pierre!

Era la llamada de un corazón a otro; por un momento ambos permanecieron en silencio: se miraban ardientes, envueltos en el sosiego de la mañana, confesándose sin palabras su amor y admiración sin límites. Por fin, el joven dijo, sonriente:

—¿Sólo Pierre? Has olvidado darme los buenos días.

—Buenos días es poco. Buenas tardes, buenos días, buenas semanas, buenos meses, buenos años..., lo mejor para ti, Pierre, hermoso Pierre.

«En verdad —pensó el muchacho, con una mirada serena de indefinible adoración—, en verdad los cielos se han abierto y este ángel me está mirando desde allí».

—Te devolvería los buenos días, Lucy, si ello no significase que has estado viviendo también en la noche, algo imposible para quien, como tú, pertenece a las regiones de un día infinito.

—¡Vamos, Pierre! ¿Por qué los jóvenes siempre juráis cuando estáis enamorados?

—Porque sentimos que nuestro amor es profano y, sin embargo, pretende alcanzar el cielo a pesar de ser mortal.

—Sigues volando, Pierre; siempre estás embaucándome. Dime, ¿por qué vosotros, los jóvenes, hacéis gala de habilidad cuando se trata de transformar cualquier objeto nuestro, por insignificante que sea, en trofeo?

—Ignoro el motivo, pero siempre hemos actuado así —y, sacudiendo el arbusto, hizo caer la flor, que apretó contra su pecho—. Ahora debo irme, Lucy. Marcharé bajo tus colores.

—¡Bravo! ¡Oh, mi querido soldado!



—¡Bravo! ¡Oh, mi querido soldado!

II

Pierre era el único hijo de una viuda noble y acaudalada, una de esas damas que constituyen un vivo ejemplo de cómo ejercen una influencia embellecedora y duradera el rango, la riqueza y la salud, unidos a un cerebro lúcido, de cultura media, nunca alterado por una pena inconsolable ni deteriorado por manejos sórdidos. A pesar de ser de edad madura, conservaba las mejillas sonrosadas, la delicada cintura llena de elasticidad, la frente suave y no apergaminada y la mirada brillante, poseída por una expresión juvenil. Realzada por la iluminación de un salón de baile y sus refulgentes diademas, la señora Glendinning aún eclipsaba los encantos de damas más jóvenes; si hubiese decidido darles pie, se habría visto perseguida por un interminable número de admiradores, apenas menos jóvenes que su hijo Pierre.

Pero un hijo incondicional y respetuoso constituía el mejor amante para la hermosa viuda; además, Pierre, molesto, celoso e indignado a causa de la admiración demasiado ardiente de los apuestos jóvenes que cortejaban a su madre, a los que a veces sorprendía tratando de conquistar casi sin darse cuenta a aquel ser inalcanzable con absurdas esperanzas de desposarla, más de una vez había jurado con una malicia no provista de humor que el hombre —con barba canosa o sin ella— que se atreviese a proponer matrimonio a su madre desaparecería de la faz de la tierra por causas misteriosas e irrevelables.

El amor filial y romántico de Pierre se veía correspondido por el ilimitado orgullo maternal de la viuda, que veía sus propios atractivos de alguna forma trasladados al sexo opuesto en las facciones bien definidas y el aspecto noble de su hijo. Entre ambos existía un sorprendente parecido. Mientras la madre conservaba su belleza sin que el paso del tiempo hubiese osado turbarla, Pierre parecía coincidir con ella a mitad de camino y, debido a la espléndida precocidad de sus facciones y a su actitud, se encontraba en un punto de madurez que lo aproximaba al pedestal en que había permanecido su madre durante largo tiempo. A causa de la felicidad que presidía su amor indiscutible, y con la extraña licencia que aflora entre dos seres que durante largo tiempo conviven en confianza y entendimiento mutuos, acostumbraban a llamarse hermano y hermana. Era éste su hábito tanto en público como en privado; ni siquiera cuando se encontraban entre desconocidos despertaba sospechas de irrealidad dicho tratamiento, ya que la belleza imperecedera de la señora Glendinning reforzaba su pretendida juventud. La corriente de la vida fluía, pues, libre y alegre, tanto para la madre como para el hijo. El río de su existencia no se había topado aún con esas rocas que obstaculizan la corriente y que la dividen para siempre en dos torrentes que no han de volver a encontrarse.

Al enumerar las ventajas de su origen, un excelente escritor inglés contemporáneo cita como importante el hecho de haber visto la luz en un medio rural. Lo mismo le ocurría a Pierre. El destino había elegido para él el campo como marco de su

nacimiento y su crianza; siempre había estado rodeado por un escenario cuya belleza poco frecuente había moldeado en él una mente delicada y poética, a la vez que sus facciones, de singular elegancia, evocaban la historia familiar y patriótica de los Glendinning. En los prados que se extendían desde la parte trasera de su mansión señorial hasta el serpenteante río, se había librado una batalla contra los indios en los primeros tiempos de la colonia; en dicha batalla, el tatarabuelo paterno de Pierre, herido de muerte, había permanecido apoyado en la silla de su caballo, sobre la hierba, mientras animaba a sus hombres al combate, en un último esfuerzo de su voz. Desde entonces aquel lugar fue conocido como Saddle Meadows, «la pradera de la silla de montar», y ese nombre se extendió también a la mansión y al pueblo. Más allá de la pradera, a un día de viaje para Pierre, se alzaban las cumbres dentadas donde, durante meses y en plena Revolución, su abuelo había defendido un rudimentario pero importante fuerte de los ataques repetidos de indios, *tories* y regulares. De aquel fuerte había salido con vida el mestizo Brant, caballero y asesino, para cenar en compañía del General Glendinning durante los tiempos pacíficos que siguieron a la sangrienta guerra. Todo lo relacionado con Saddle Meadows despertaba en Pierre un sentimiento de orgullo. Las hazañas de los Glendinning, que habían permitido que su mansión conservase el honor, incluían los nombres de tres reyes indios, primitivos y únicos propietarios de aquellos nobles bosques y praderas. Así veía Pierre, durante su apasionada juventud, el origen de su raza, de la que se sentía orgulloso, sin considerar el posterior desarrollo de su mente que al alcanzar la madurez le había de privar de sus elevados sentimientos.

La educación de Pierre no habría sido completa si él hubiese permanecido únicamente en aquel escenario rural. Sus padres así lo habían comprendido y, desde edad muy temprana, Pierre había acompañado a ambos, y luego a su madre, en sus visitas anuales a la ciudad, donde se había introducido con toda naturalidad en una sociedad más amplia y cultivada que le había permitido formarse en el ambiente más sofisticado de la vida sin que se debilitasen en su ánimo el porte ni el vigor de su raza marcial, alimentados por el fuerte y claro aire del campo.

No por haber desarrollado sus modales carecía Pierre de formación cultural, aún más necesaria que las otras. No en vano había pasado incontables tardes estivales en busca de volúmenes interesantes en los más recónditos estantes de la decorosa, melindrosa y escogida biblioteca de su padre, donde se había cultivado a la sombra de las ninfas de Spenser, que habían creado en su mente un laberinto de belleza intangible y milagrosa. De ese modo, con un gracioso brillo en sus facciones y la dulce llama de la imaginación en su espíritu, la vida de Pierre iba fluyendo hacia la madurez, sin que nuestro héroe se preocupase por esa época introspectiva cuando toda la delicadeza y calidez que habían caracterizado su adolescencia le parecerían heladas y en la que sin el menor remordimiento exigiría fuegos más ardientes, que habían de consumirle con presteza.

Tampoco el orgullo y el amor, que de un modo tan generoso presidieran la

educación juvenil de Pierre, habían dejado la cultura en último término. El padre de Pierre había tenido como lema que la hidalguía era una quimera, y toda pretensión vana y absurda, si la textura del carácter no se veía suavizada por la prístina dulzura y la inagotable humanidad que proporciona la religión; aquel que se llamaba a sí mismo caballero debía adoptar la mansedumbre y la realeza que definen al cristiano. A los dieciséis años y en compañía de su madre, Pierre tomó los Santos Sacramentos por primera vez.

Resulta innecesario, además de difícil, explicar con precisión las verdaderas causas de tales votos juveniles. Baste con señalar que se prolongaban en él las numerosas virtudes de sus antecesores y que, del mismo modo en que era único heredero de sus bosques y propiedades, por un proceso de transmisión espontánea, también rendía homenaje a una fe venerable que había instituido en la familia el primer Glendinning, influido por un religioso inglés. Así pues, en Pierre se reunía el refulgente acero de la aristocracia con la religión, que servía de sutil cinto a su férrea condición. El destino guerrero de su tatarabuelo le había enseñado que aquel simbólico cinto proporcionaría la gloria, tras la última y dura prueba, a quien le fuese fiel, de tal modo que, si observaba una existencia presidida por la Gracia, no debía temer a la muerte. Pero al ser tan consciente de la belleza y de la poesía que encerraba la fe de sus mayores, Pierre no podía prever que este mundo poseía un secreto más profundo que la belleza, y la Vida cargas más pesadas que la muerte.

Tan perfecto le parecía a Pierre el rumbo iluminado donde había seguido su existencia hasta entonces, que sólo podía advertir un error en aquel manuscrito inmaculado. En el texto faltaba una hermana. Se lamentaba de que le hubiese sido negado un sentimiento tan delicioso como el amor fraternal. Ni siquiera el título ficticio que utilizaba con frecuencia al dirigirse a su madre podía reemplazar la ausencia. Se trataba de una emoción del todo natural, cuya causa Pierre no podía comprender todavía. Sin lugar a dudas, una hermana bondadosa constituye el segundo don que puede otorgarse a un hombre, siendo incluso el primero en orden cronológico, puesto que la esposa se toma después. Quien no tiene una hermana es un soltero precoz, ya que las delicias que ofrece una pareja femenina se encuentran ya en embrión en la relación fraternal.

—¡Oh! —exclamaba Pierre, en un mar de lágrimas—. ¡Ojalá mi padre hubiese tenido una hija! Sería para mí alguien a quien amar y proteger, un ser por quien luchar en caso necesario. ¡Tiene que ser un acto glorioso pelear hasta la muerte por una dulce hermana! Si el cielo quisiese escucharme, le suplicaría que me concediese una hermana.

De este modo apasionado y dulce, como corresponde a un ser que ama, invocaba Pierre al cielo, al que imploraba una hermana. Ignoraba por entonces que, si hay algo por lo que un hombre no debe rezar, es precisamente por la concesión de sus más ardientes deseos juveniles.

Quizá el extraño anhelo de Pierre de tener una hermana tuviese su origen en el

misterioso sentimiento de soledad que en ocasiones le invadía, no sólo como cabeza de familia, sino también como último Glendinning capaz de conservar el apellido familiar. Su estirpe poderosa se había extendido en ramas femeninas a través de las sucesivas generaciones, de tal modo que Pierre se veía rodeado por parientes numerosos, pero no acompañado por un varón llamado Glendinning, como no fuera el doble que le devolvía el espejo al colocarse ante él. Pero, a causa de su naturaleza romántica, aquel pensamiento no le resultaba del todo desolador; por el contrario, a veces se convertía en motivo de un orgullo exultante. Su joven espíritu rudimentario, apasionado y sediento de gloria, le llevaba a desear el monopolio de esta última, que, al igual que la fama, se le antojaba como una pilastra que debía escalar para asemejarse a sus nobles antepasados.

Pierre no sentía ninguna de esas premoniciones y lecciones proféticas debidas no menos a las canteras de Palmira que a sus ruinas. Entre éstas se encuentra un tallo de columna incompleto y, a una legua, abandonado en la cantera desde hace siglos, yace el capitel que le corresponde, incompleto a su vez.

La acción del tiempo ha hecho presa de ellos, estropeándolos antes de que hubiesen sido contruidos en su totalidad; la piedra orgullosa que tendría que haberse elevado por encima de las nubes yace en el suelo. ¡Oh, qué dominio inextinguible ejerce el Tiempo sobre los hijos de los Hombres!

III

Hemos dicho ya que el hermoso paisaje que rodeaba a Pierre evocaba en él recuerdos impregnados de orgullo. Pero no sólo a causa de meras coincidencias que habían ennoblecido los prados con las hazañas de sus señores, sino de que a los ojos de Pierre hasta las montañas y bajíos parecían santificados por haber constituido la propiedad ininterrumpida de su estirpe.

Un idealismo similar al que, a los ojos del afecto, santifica la baratija más insignificante, por resultarle familiar al amante abandonado, convertía en talismán el escenario rural que envolvía a Pierre. Sin duda, pues al recordar que sus antepasados habían retozado en aquella hierba y que más de una gran dama perteneciente a su familia había paseado con alegría, siendo aún doncella, a través de los bosques y los prados, a la orilla del río o por los mil senderos y vericuetos, Pierre consideraba aquella parte de la tierra como una prenda de amor, convirtiéndose su horizonte en un anillo conmemorativo.

Por lo general, el mundo monárquico imagina que en la demagógica América el Sagrado Pasado no cuenta con estatuas erigidas en su honor, sino que todo bulle en el vulgar caldero de un eterno Presente que jamás cristaliza. Esta idea parece en concreto aplicable a la condición social. Al no existir una aristocracia oficialmente establecida ni un derecho vincular, ¿cómo puede perpetuarse la familia americana? En verdad, ese dicho nuestro según el cual cualquier familia, por muy ilustre que sea, desaparece antes de que transcurra medio siglo, constituye una máxima por desgracia cierta entre la gente común. En nuestras ciudades, las familias crecen y se disgregan como pompas de jabón. El elemento democrático opera entre nosotros como un ácido sutil, que produce lo nuevo a partir de la corrosión de lo antiguo, como ocurre en el sur de Francia con el verdigris, materia prima de un tipo de pintura verde que se obtiene con vinagre auténtico vertido en platos de cobre. Nada puede asociarse de forma más espontánea con la decadencia que la corrosión; por otra parte, nada puede sugerir mejor la exuberancia de la vida que el color verde, elemento de la Naturaleza, representativo de su eterna fertilidad. Por válida analogía podemos comprender el carácter anómalo de América, sin extrañarnos de que ofrezca ante algunas naciones extranjeras una imagen falsa de sí misma, ya que contradice todas las nociones existentes sobre las cosas humanas. Como por encanto, en nuestra tierra, la Muerte se transforma en Vida. Nuestras instituciones políticas, que en otros países resultarían artificiales, poseen para nosotros la divina virtud de una ley natural, ya que una de las poderosas leyes de la naturaleza es la de aportarnos Vida a través de la Muerte.

Sin embargo, hay cosas en el mundo tangible sobre las que la voluble naturaleza no posee un dominio tan ilimitado. La hierba se renueva todos los años, pero las ramas del roble desafían durante largos períodos la decadencia anual. Del mismo modo, si bien en América la gran masa de familias es comparable con la hierba de un

campo, existe una minoría que se asemeja al roble que, en vez de decaer, produce nuevas ramas todos los años. A veces el tiempo, en vez de sustraer y eliminar, capitula ante virtudes superiores.

En lo que respecta al linaje podemos —no con arrogancia, sino con espíritu de justicia— compararnos con los ingleses y, aunque de momento parezca extraño, establecer una cierta igualdad. Me atrevo a afirmar que el *Peerage Book*, la guía de la nobleza, constituye una fuente estadística adecuada para juzgar; sus compiladores no pueden ser del todo insensibles a aquellos bajo cuyos auspicios trabajan; es a la inteligencia media de nuestro pueblo a la que conviene recurrir. Pero la magnificencia de los nombres no debe conducir por error nuestro pensamiento en relación con la humildad de las cosas. Al igual que hasta el aire de nuestros pulmones es hereditario y mi respiración en estos momentos puede crear más descendencia que el cuerpo entero del Sumo Sacerdote judío, por antiguo que sea su árbol genealógico, los nombres, que en definitiva no son sino aire, aparecen y desaparecen de las interminables listas de herencia. Algunos, como Richmond, St. Albans, Grafton, Portland y Buccleuch, son tan viejos como la mismísima Inglaterra; sin embargo, los duques que conservan estos apellidos ven su linaje detenido en tiempos de Carlos II, época en que se agotan, históricamente hablando, las fuentes de información. No existe en realidad parentesco menos noble que el que pueda tenerse, pongamos por caso, con un Buccleuch, cuyas antepasadas no dejaban de ser madres a pesar de haber omitido el rito preliminar. Ahora bien, en su ascendencia figura un rey, y eso no hace sino empeorar la situación, ya que si un golpe de mendigo constituye un leve insulto y, en cambio, una bofetada de caballero se convierte en una ofensa mortal, debemos calificar el deshonor de un rey de poco halagador. En Inglaterra, la genealogía de la nobleza se mantiene viva a base de restauraciones y creaciones continuas. Un solo hombre, Jorge III, instituyó durante su reinado quinientos veintidós pares. Una propiedad condal, sin dueño conocido durante cinco siglos, ha sido reclamada en la actualidad por un plebeyo que no tenía más derecho a ella que el que las artes de los letrados le han otorgado, al distorsionar las leyes en su favor. Ni el Támesis es tan sinuoso y serpenteante en su curso natural ni el canal de Bridgewater tan artificial como la sangre que corre por las venas de la nobleza hecha a medida. Perecederas como la Vida, estas familias ennoblecidas de modo antinatural viven y mueren mientras mancillan el nombre que ostentan de forma indebida. En Inglaterra hay dos mil quinientos cuerpos de pares extinguidos cuyo nombre les ha sobrevivido. El aire vacuo de un patronímico resulta más duradero que el hombre, e incluso que las dinastías de hombres; el aire llena los pulmones del ser humano, confiriéndole vida, pero este último, en cambio, no consigue llenar el aire, ni mucho menos darle vida.

Honremos, pues, los nombres y seamos corteses con quienes los ostentan, pero si St. Albans pretende convencerme de que es eterno y honorable, no me quedará más remedio que rogarle que consulte a Nell Gwynne.

Son pocas, y no muy dignas de mención, las familias inglesas que, en tiempos

anteriores a Carlos II, pueden trazar algo parecido a una línea genealógica pura y proveniente de tiempos de los normandos, caballeros y ladrones. Su herencia es tan vana que puede compararse con la de un miembro del clero judío con una lata de té en la cabeza, que investigase el primer evangelio según San Mateo para descubrir su relación de sangre con el rey Saúl, que murió mucho antes de haberse iniciado el mandato de César.

No deseo extenderme sobre el hecho de que, mientras en Inglaterra una inmensa parte de la masonería se convierte artificialmente en un contrafuerte destinado a sostener la continuidad hereditaria de algunas propiedades importantes, en América nunca se permitiría que ocurriese nada parecido. Tampoco considero necesario recurrir a la mención de los cientos de familias independientes de Nueva Inglaterra que podrían trazar su línea hereditaria inglesa hasta tiempos anteriores a *Charles the Blade*, ni a la de familias inglesas con antecedentes orientales que poseen plantaciones en Virginia y en el Sur, como por ejemplo los Randolph, uno de cuyos antepasados se casó con la princesa india Pocahontas en tiempos del rey Jacobo y en cuya sangre, por lo tanto, fluye una realeza aborígen de una antigüedad superior a los doscientos años. Consideremos las viejísimas y magníficas mansiones holandesas del Norte, rodeadas de colinas que se pierden en la distancia y de prados que se extienden y desbordan en condados adyacentes, arrendadas a través de generaciones por más de mil familias de condición elevada, cuya historia es tan antigua como el crecer de la hierba y el fluir del agua. Al pensar en su pasado, uno llega a creer que su escritura de propiedad es eterna y que la tinta utilizada por los letrados resulta tan indeleble como la faz de la tierra. Algunas de estas casonas tienen unos doscientos años de antigüedad; sus dueños o arrendatarios podrían mostrarnos piedras y estacas que, antes del nacimiento de Nell Gwynne, madre del duque, ya estaban colocadas en el mismo lugar que ahora ocupan —por lo menos las piedras—. Del mismo modo, sus genealogías se remontan, como el río Hudson, que riega sus tierras, por un cauce más recto y más largo que el Serpentin de Hyde Park.

Estas praderas holandesas de antiguo linaje están envueltas en una bruma hindú; un patriarcado oriental baña, como un riachuelo, los pastos donde rebaños enteros se alimentan y seguirán haciéndolo mientras crezca la hierba y no se seque el manantial. Estas propiedades rurales desafían el carácter corrosivo del Tiempo y, debido a condiciones derivadas de la calidad indestructible de la tierra, asemejan su pleno dominio con la eternidad. ¡Audacia sin límites la de un gusano que reclama, vehemente, la propiedad de la tierra por donde se arrastra!

Los ingleses alardean de poseer, en los condados centrales, inmensos comedores de roble donde, durante el reinado de los Plantagenet, más de trescientos soldados se adiestraban en el uso de las armas en las tardes lluviosas. Pero nuestros terratenientes no evocan el pasado, sino que apuntan hacia el presente. Más de uno podría mostrarnos que el censo público de un condado no es sino parte de la lista de sus arrendatarios. Algunas cadenas de montañas, tan elevadas como Ben Nevis o

Snowdon, les sirven de muro; y ejércitos regulares enteros han tenido que atravesar ríos con artillería pesada, marchar por bosques frondosos y arriesgar sus vidas cruzando profundos desfiladeros al mando de una multitud de oficiales, para reprimir a tres mil arrendatarios dependientes de un único propietario. Una verdad muy sugestiva en dos aspectos, que por ahora nos abstendremos de mencionar.

Pero, a pesar de lo que opinemos de la existencia de tales feudos en el seno de una república y aunque nos resulte difícil comprender cómo sobreviven, al estilo de los territorios indios, a las sucesivas revoluciones, no podemos negar su realidad y su actual pertenencia a algunos terratenientes, que tienen tanto derecho sobre ellos como un campesino sobre el sombrero viejo de su padre o cualquier duque sobre la corona de su antecesor.

Por todas estas razones no caeremos en un craso error si afirmamos con toda humildad que, si eligiese vanagloriarse por causas tan fútiles, nuestra América podría equipararse con Inglaterra en lo referente a la existencia de algo tan insignificante como los vastos latifundios y los antiguos linajes. Al decir linajes me refiero, por supuesto, a aquellos que se conservan sin mácula.

IV

Si bien, en términos generales, nos hemos decidido a establecer la existencia de las altas dignidades genealógicas de los modernos feudos familiares americanos para mejor mostrar, desde un punto de vista poético, la muy aristocrática condición del Señor Pierre Glendinning, cuya distinción familiar ya habíamos afirmado, el lector atento no dejará de observar las posibles secuelas de tal circunstancia, una vez considerada en relación con la singular personalidad y el modo de vida de nuestro héroe. Nadie imagine siquiera que el capítulo anterior era una baladronada absurda y sin propósito.

Pierre está ahora colocado en su noble pedestal. Veremos si sabe mantenerse en él y si el Destino tiene o no algo que decir en relación con nuestra existencia. No tratamos de insinuar que los Glendinning se remontasen a tiempos faraónicos ni que los hechos de Saddle Meadows estuviesen relacionados con los Magos de Oriente que aparecen en los evangelios. Sin embargo, como ya hemos dejado entrever, entre sus heroicos antepasados figuran los nombres de tres reyes: reyes indios y, por lo tanto, de más rancia estirpe.

Pero si bien Pierre no descendía de faraones y los Hampden, familia inglesa de terratenientes, eran los antepasados más directos de los Glendinning; e inclusive, si algunas propiedades americanas ostentaban un mayor número de años y hectáreas, resulta más que natural que un joven de diecinueve años, al esparcir en el hogar de sus cocinas ancestrales trigo en sazón y permanecer de pie ante el fuego desgranándolo y contemplando sus sutiles y libres evoluciones en la mampostería, sintiese, aunque vagamente, una o dos punzadas de eso que hemos dado en llamar orgullo familiar. Me atrevo a insinuar que es inevitable.

¿Qué había de sentir Pierre durante su adolescencia si cada día, al bajar a desayunar, veía sobre la ventana abovedada del salón dos raídos estandartes ingleses capturados por su abuelo en limpia contienda? ¿Qué emoción había de embargarle cada vez que oía tocar a la banda militar del pueblo y reconocía sin lugar a dudas el peculiar sonido de un timbal británico conquistado también por su abuelo en honesta lid y posteriormente marcado en la parte metálica con el emblema de su nuevo propietario, el cuerpo de artillería de Saddle Meadows? ¿Qué había de experimentar en las cálidas y meditativas mañanas del cuatro de julio en el campo, al salir al jardín con, a guisa de báculo de ceremonias, un bastón alargado, majestuoso y cubierto de plata en la empuñadura como los pertenecientes a los capitanes generales, que había sido esgrimido durante una revista de penachos y relucientes mosquetes por el abuelo ya mencionado con anterioridad? Si consideramos que Pierre era joven y, por lo tanto, exaltado y mal filósofo, que a veces leía la Historia de la Revolución y que además poseía una madre que hacía con frecuencia remotas alusiones de carácter social a las charreteras de su abuelo, el Capitán General, creo que no nos sorprenderá

que en tales ocasiones le invadiese cierto orgullo y regocijo. Si esta actitud nos parece estúpida y apasionada o nos lleva a opinar que Pierre no resultaba un auténtico demócrata, o incluso que un caballero no debe vanagloriarse sino de sus propias hazañas, me veré obligado a insistir en que Pierre era aún un adolescente. Creedme, con el tiempo lo calificaréis de auténtico demócrata, si bien excesivamente radical en algunos casos.

Concluyo y advierto que no se me acuse de repetitivo si cito literalmente mis propias palabras al decir que «el destino había elegido para Pierre el campo como marco de su nacimiento y crianza». Porque para cualquier joven americano —más que para cualquier otro— se trata de un destino extraño y privilegiado. Debemos tener en cuenta que, mientras en otros países las mejores familias se jactan de poder vivir en el campo, las más prominentes entre nosotros citan con orgullo a la ciudad como su hogar. Con asombrosa frecuencia, el americano que hace fortuna se construye un caserón metropolitano en la calle más metropolitana de la más concurrida metrópoli. Por el contrario, un europeo, en la misma circunstancia, se instalaría en el campo. Ningún poeta, filósofo o aristócrata, negará que la actitud del europeo es la mejor. Ya que el campo no sólo es la parte de la tierra más poética y más filosófica, sino también la más aristocrática, por haber sido venerada y ennoblecida por boca de los bardos, que le han atribuido los más bellos calificativos. La ciudad, en cambio, reúne características más plebeyas, la más sobresaliente de las cuales es la de tener el rostro perpetuamente sucio. El campo, como una reina, siempre aparece acompañado por una cohorte de doncellas ataviadas de acuerdo con las estaciones; la ciudad no posee más que una vestidura de ladrillo y piedra. La naturaleza viste nuevos ropajes, a cual más hermoso, cada semana e incluso, en ocasiones, veinticuatro veces en las veinticuatro horas; en ella lucen, durante el día, el sol, joya más preciada que el diamante que las reinas ostentan en la frente, y, por la noche las estrellas, que se nos antojan collares de perlas y oro. Sin embargo, el sol de la ciudad es una masa humeante y pastosa, y no un diamante, y las estrellas de la ciudad son falsificaciones del áureo collar.

Fue en el campo, pues, donde la naturaleza plantó a Pierre, porque deseaba que su desarrollo fuese original y poco común. No consideremos ahora el hecho de que posteriormente se mostrase un tanto ambigua; en un principio, se portó con él de maravilla. Hizo sonar las trompetas del viento desde las montañas teñidas de añil y en Pierre anidaron pensamientos poéticos, al igual que el caballo de guerra galopa, al toque de trompeta, en un mar de lírica espuma. Suspiró al atardecer a través de sus profundas cavernas y las venas de Pierre se vieron inundadas por ráfagas de dulce humanidad y amor, tan musicales como el agua al fluir sobre la grava. Elevó su rutilante cresta en una noche profusamente estrellada y, bajo la atenta mirada de su divino Capitán y Señor, mil pensamientos de heroicidad nacieron en el corazón del muchacho, en busca de una causa noble que, habiendo sido vilipendiada, necesitase ser defendida.

El campo fue, pues, una gloriosa bendición para el joven Pierre. Veremos más adelante si se transformó en maldición, como ocurrió con la protección divina prometida al pueblo hebreo. Y, repito, veremos también si el Destino tiene o no algo que decir en relación con nuestra existencia y si esta corta cita latina resulta adecuada al final de mi narración: «*Nemo contra Deum nisi Deus ipse*».

V

—Hermana Mary —dijo Pierre tras regresar de su paseo, al amanecer, después de golpear con los nudillos la puerta del dormitorio de su madre—. ¿Sabías ya, hermana Mary, que los árboles que han permanecido en pie toda la noche siguen en su lugar esta mañana, ante tus ojos? ¿No hueles algo que recuerda al café, hermana?

Se oyeron unos pasos ligeros que avanzaban hacia la puerta; esta última se abrió y tras ella apareció la señora Glendinning, que vestía un alegre y resplandeciente atuendo matutino y con una vistosa y ancha cinta en la mano.

—Buenos días, *Madame* —dijo Pierre inclinándose ante ella con una reverencia espontánea y sincera que contrastaba con el tono informal de sus palabras. Así de dulce y devota era la familiaridad de sus afectos, presididos por un profundo respeto filial.

—Buenas tardes, Pierre, pues creo que ya ha pasado la mañana. Acércate, me ayudarás a completar mi *toilette*; toma, hermano —dijo, dándole la cinta—, veamos si te portas bien.



—... Acércate, me ayudarás a completar mi *toilette*...

Y, sentándose lejos del espejo, esperó que Pierre se aproximase para ayudarla.

—Primera Dama, al servicio de la señora duquesa viuda de Glendinning —dijo Pierre, riendo y haciendo una reverencia ante su madre, mientras colocaba la cinta en

torno a su cuello y anudaba los extremos en la parte delantera.

—¿Cómo vas a sujetarla, Pierre?

—Trataré de sellarla con un beso, hermana; aquí, ¿ves? ¡Oh, lástima que este tipo de cierre no siempre resulte eficaz! ¿Dónde está el camafeo adornado con cervatillos que te regalé anoche? ¡Ah, en el tocador! ¿Quiere eso decir que lo ibas a estrenar? Gracias, considerada y sutil hermana. ¡Ya está! ¡Un momento! Se ha deshecho uno de tus bucles. Muy bien, querida hermana, ya puedes dar el toque asirio a tu cabeza.

La muy dichosa madre se puso en pie y, mientras permanecía ante el espejo para juzgar cómo la había adornado su hijo, este último, observando el lazo medio deshecho de su zapato, se arrodilló para asegurarlo.

—Y ahora, *Madame*, ¡vamos, que la cafetera nos llama! —exclamó, ofreciendo el brazo a su madre con alegre galantería. A los pocos segundos descendieron al salón para desayunar.

La señora Glendinning tenía como norma espontánea no comparecer ante su hijo en un deshabillé que no fuera atractivo; para ella se trataba de una de esas reglas que presiden la actuación femenina sin haber pasado por el pensamiento. Su observación personal de todo cuanto la rodeaba le había revelado muchas máximas corrientes que a menudo pasan desapercibidas para quien las recibe de forma indirecta. Comprendía a la perfección la inmensa influencia que, incluso entre seres que se aman con todo su corazón, ejercen las apariencias sobre la mente. Y ya que su mayor ilusión en la vida era conservar el amor admirativo y devoción absoluta de su hijo Pierre, no omitía detalle, por superficial que pareciese, que pudiese contribuir a preservar unos sentimientos tan dulces y halagadores.

Además, Mary Glendinning poseía una vanidad —si así puede llamársele— superior a la de otras mujeres, que le había permitido, en sus cincuenta años de existencia, no traicionarse nunca a sí misma cometiendo un acto impropio que indujera a escándalo o que le causara una punzada de conocida naturaleza en el corazón. Por otra parte, nunca había tratado de despertar la admiración de los demás, ya que la obtenía por derecho de nacimiento, a causa de ese eterno privilegio que confiere la belleza, de la que nunca se había visto privada. No necesitaba mover un solo dedo para ser el centro de las miradas, puesto que ello ocurría de modo espontáneo. La vanidad, que en un gran número de mujeres se convierte casi en un vicio espiritual y, por lo tanto, en una visible imperfección, era, en su caso particular —a pesar de existir en un grado elevado—, una muestra de la mejor salud, ya que, al no saber lo que significaba luchar por darse plena satisfacción, era apenas consciente de poseerla. Muchas mujeres llevan en la frente una luz que alumbra su vida, pero la de Mary Glendinning refulgía desde el interior, sin siquiera saberlo. Entre sus infinitos atractivos femeninos, figuraba el de relucir sin destellos, como el jarro que, iluminado por dentro, no muestra a primera vista llama, sino que parece brillar por la exquisita calidad del mármol. Pero esta admiración banal, que satisface a algunas damas de salón, no constituía motivo de preocupación para la madre de Pierre. No era

el homenaje general de los hombres, sino el de unos pocos nobles escogidos, lo que ella consideraba su pleno derecho. Y si añadimos su parcialidad maternal, que la impulsaba a santificar los méritos singulares y absolutos de Pierre, comprenderemos que para ella la lealtad voluntaria de su ardiente corazón representaba el rasgo más entrañable de la más perfecta unión que pueda soñarse. Por lo tanto, a pesar de fluir por sus venas una vanidad sutil y a la vez abundante, tenía suficiente con el homenaje de Pierre.

Pero, como para una mujer con sentido común e inteligencia, la admiración de un hombre, por mucho que lo adornen la nobleza y sus dotes personales, no significa nada si no va acompañada de una influencia consciente y directa, casi encantatoria, sobre su corazón, Pierre, a pesar de su superioridad intelectual sobre su madre, se había mostrado sorprendentemente dócil ante todas las enseñanzas de esta última en todo cuanto hasta entonces le hubiese interesado o afectado, debido no tanto a la inevitable debilidad que caracteriza a los jóvenes inexpertos como a las artes de su propia madre. A Mary Glendinning, la devoción de Pierre la investía del orgullo más delicioso y de esa fascinante autocomplacencia que siente la virgen embrujadora. Y aún hay más. Existe un aroma delicado e indefinible que emana de todo acto de ternura y atención sin límites y que, en todo enlace elevado y honorable, coincide con el galanteo y precede a las últimas amonestaciones anteriores a la ceremonia; pero que, como el *bouquet* de los más exquisitos vinos del Rhin, se evapora al verterlo en la copa del amor y se transforma en desencanto a lo largo de los monótonos días y noches que constituyen la vida matrimonial. Mary Glendinning, que se acercaba poco a poco al período más crítico de su existencia, revivía, gracias a la cortés admiración de Pierre, similar a la que se profesan los amantes, ese estado de evanescencia, elevación y fantasía —que aún resulta más etéreo al emanar de un pecho filial— que constituye la experiencia más hermosa de nuestra mortal existencia.

Este milagro, que tenía su origen en una combinación maravillosa, pero absolutamente fortuita, de los más felices y singulares accidentes de la tierra, cuya duración no había de quedar limitada por ese clímax tan fatal para el amor común; ese dulce hechizo, que unía a la madre y al hijo en una órbita de felicidad, constituía una insinuación de la posibilidad de preservar las divinas emociones, propias de la más bella etapa del amor, de los embates de nuestra existencia prosaica y llena de limitaciones. Si bien, de un modo individual e independiente, aquella unión parecía materializar los dulces sueños de los creyentes entusiastas que nos describen el Paraíso prometido como un lugar etéreo, sin mancha ni impureza. La pasión más sagrada del hombre unirá para siempre a los pueblos y los climas en un único círculo de regocijo puro e incomparable.

VI

Existía un rasgo prosaico —si bien de escasa importancia— que, en opinión de algunos, podía oscurecer los románticos méritos del caballeresco Pierre Glendinning. Tenía siempre un apetito excelente, en especial a la hora del desayuno. Pero si consideramos que si bien las manos de Pierre eran pequeñas y los fruncidos volantes de sus puños eran blancos, su brazo no era en absoluto melindroso y su tez resultaba oscura, y que acostumbraba a levantarse al alba, no acostándose nunca antes de cabalgar veinte o caminar doce millas diarias, talar una tsuga de considerable tamaño en el bosque, boxear, luchar amistosamente, remar o llevar a cabo otras hazañas gimnásticas; si consideramos, en suma, las costumbres atléticas de Pierre y la plenitud de músculo que había construido en todo su cuerpo, músculo que reclamaba su viril cuidado tres veces al día, comprenderemos que sentir un abundante apetito era, en el caso de Pierre, no sólo irreprochable por vulgar, sino incluso motivo de honor y real admiración, ya que afirmaba su condición de hombre y de caballero. Un gentilhomme bien criado y educado siempre goza de un aspecto robusto y saludable; la Robustez y la Salud acompañan siempre a la persona que come con fruición.

Así que Pierre y su madre descendieron al salón para desayunar, una vez Pierre se hubo ocupado de que no faltase a su progenitora el mínimo adorno que pudiese ser de su agrado y tras haber ordenado un par de veces a su criado Dates, respetuoso e inmemorial, que ajustase mejor los bastidores de las ventanas, para que la traicionera corriente de aire no se tomase excesivas libertades con el cuello de su madre. Una vez en el salón, Pierre, con acento dulce y llano, le indicó a Dates, quien no llevaba, como él, puños alechugados, que inclinase hacia un ángulo de luz determinado y asegurase la horizontalidad de un cuadro elegante y alegre, pintado en ese estilo jocosos que caracteriza a la escuela flamenca (cuadro que estaba clavado a la pared de modo que permitiese ese tipo de ajuste) y lanzó unas miradas reconfortantes desde su silla a las montañas color añil que se elevaban tras las praderas surcadas por el río. Acto seguido, Pierre hizo un ligero y misterioso movimiento de cabeza al estilo masónico al excelente Dates, quien, obedeciendo como un autómatas, le acercó un pastelillo frío, de aspecto muy prominente, que había permanecido en un rincón acogedor hasta entonces y que, tras una atenta inspección con el cuchillo, resultó ser el sabroso nido que adornaban unos pichones singularmente tiernos que había cazado el propio Pierre.

—Hermana Mary —dijo, al tiempo que levantaba con su tridente de plata uno de los más finos bocados que se hallaban en su plato—; hermana Mary, al matar a uno de estos pichones me ocupé con especial atención de disparar de modo que el pecho resultase totalmente ileso. Es éste, y es para ti. Dates, por favor, acércame el plato de tu señora. ¿No? ¿Sólo las migajas de un panecillo y dos sorbos de una taza de café? ¿Es éste un desayuno adecuado para la hija del más valiente de los generales? —

exclamó mientras señalaba un cuadro de cuerpo entero de su condecorado abuelo, que aparecía colgado de la pared de enfrente—. ¡Caso lamentable el mío, ya que me veo obligado a desayunar por los dos! ¡Dates!

—Señor.

—Retira el portatostadas, Dates, y este plato de lengua, y acércame los panecillos. ¡Ah!, y aleja el carrito, buen Dates.

Tras haberse hecho un generoso espacio apartando cuanto no necesitaba, Pierre inició las operaciones, interrumpiéndose entre bocado y bocado para exteriorizar por medio de la palabra su estado de gozo.

—Pareces estar de un estupendo humor esta mañana, hermano Pierre —dijo su madre.

—Sí, me siento bastante bien; por lo menos, no se puede decir que esté triste, hermana Mary; Dates, querido muchacho, tráeme tres tazones de leche.

—Querrá decir un tazón, señor —dijo Dates, en tono grave e imperturbable.

Al abandonar el criado la estancia, la señora Glendinning pronunció estas palabras:

—Querido Pierre, te he rogado en repetidas ocasiones que no permitas que tu buen humor te traicione hasta el punto de sobrepasar la línea que debe marcar tu relación con los criados. La mirada de Dates expresaba una respetuosa reprobación hacia ti hace unos minutos. No debes llamarle *mi querido muchacho*, no resulta apropiado. Se ha comportado como un auténtico amigo con nosotros, es cierto, pero no hay necesidad de recordárselo cuando estás sentado a mi mesa. Resulta muy sencillo ser amable y gentil con los criados, sin permitir que se trasluzca un tono de momentánea camaradería con ellos.

—Bien, hermana, sin duda te asiste la razón; a partir de ahora omitiré lo de *querido* y me limitaré a llamar a Dates *muchacho*. ¡Muchacho, ven! ¿Qué tal suena?

—No es eso lo que deseo, Pierre. Te comportas como un Romeo, así que de momento voy a perdonar tu insensatez.

—¡Romeo! ¡Oh, no! ¡Estoy muy lejos de ser un Romeo! —suspiró Pierre—. Yo río y él lloraba. ¡Pobre Romeo! ¡Desdichado Romeo! ¡Ay de ti, Romeo! Su final fue en verdad deplorable, recuérdalo, hermana Mary.

—Sí, pero por su propia culpa.

—¡Pobre Romeo!

—Desobedeció a sus padres.

—¡Desdichado Romeo!

—Se casó contra los deseos de su familia.

—¡Ay de ti, Romeo!

—Tú, en cambio, te casarás dentro de poco, espero que no con una Capuleto, sino con una de nuestras Montesco; de modo que difícilmente correrás la triste suerte de Romeo. Serás feliz.

—¡Eso hace que me entristezca más por el destino de Romeo!

—No seas ridículo, hermano Pierre, ¿de modo que vas a reunirte con Lucy para cabalgar toda la mañana por las montañas? Es una muchacha dulce y encantadora.

—Creo compartir tu opinión, hermana Mary. ¡Por los cielos, madre, en ninguno de los cinco continentes existe otra igual! Ella es... sí..., por mucho que hable... ¡Dates! ¡Cuánto tiempo necesitas para traerme esa leche!

—Déjalo tranquilo. No seas glotón, Pierre.

—¡Ja! Mi hermana se ha despertado satírica esta mañana. Entiendo.

—No te extralimites nunca, Pierre, ni te excedas en tus delirios. Tu padre jamás cayó en ese defecto; tampoco se ha escrito que le ocurriese a Sócrates; y ambos fueron hombres sabios. Tu padre estaba profundamente enamorado —lo sé mejor que nadie—, pero nunca perdió el control por ello. Siempre se comportó de modo caballeroso; y los caballeros no se alborotan por nada. Sólo los glotones de leche y los simples se sobrepasan en sus palabras y actos, pero nunca los caballeros.

—Gracias, hermana. Déjala aquí, Dates. ¿Están preparados los caballos?

—Creo que los traen en este momento, señor.

—Pero, Pierre —dijo su madre, que miraba por la ventana—, ¿acaso piensas ir a Santa Fe de Bogotá con ese viejo y enorme faetón? ¿A santo de qué viene salir con semejante Juggernaut, con esa momia?

—Un poco de sentido del humor, hermana; me gusta ese carruaje porque es anticuado, porque el asiento se asemeja más a un sofá que a una silla y, por fin, porque cierta dama llamada Lucy Tartan siente veneración por él. Me ha confesado que desearía utilizarlo el día de nuestro casamiento.

—Si es así, Pierre, lo único que me resta por decir es que debes asegurarte de que Christopher sujete con firmeza el pescante a los caballos, con clavos, cuerdas y todo lo demás. Te aconsejo que le permitas cabalgar detrás de ti, en uno de los carros de labranza, con un eje y tablas de recambio.

—No temas, hermana, no temas en absoluto; cuidaré con el mayor esmero del viejo faetón. El escudo de armas de rara belleza que adorna el panel siempre me recuerda quién fue el primero que viajó en él.

—Me llena de gozo que lo tengas presente, hermano Pierre.

—Y tampoco he olvidado quién fue el segundo.

—¡Bendito seas, Pierre! ¡Dios te colme de venturas! Piensa en él y no cometerás error alguno; trata siempre de recordar a tu querido y perfecto padre, Pierre.

—Bésame, querida hermana, pues ahora tengo que partir.

—Aquí; ésta es mi mejilla. La otra es la de Lucy; si bien ahora, cuando miro ambas de cerca, creo que la suya resulta más lozana; supongo que el rocío se desliza por ella con más suavidad.

Pierre sonrió y abandonó la estancia a la carrera, porque el viejo Christopher se estaba impacientando. Su madre se acercó a la ventana y permaneció tras ella.

—¡Noble y dócil muchacho! —murmuró—. Tiene toda la vivacidad que proporciona la juventud y, sin embargo, muy poco de la frivolidad que la caracteriza.

Y no se vanagloria en absoluto de su sabiduría ni de su cultura, a pesar de ser tan amplia como la que se adquiere en cualquier carrera. Agradezco a Dios que me inspirase a la hora de decidir si debía enviarlo a la universidad. Es un muchacho noble y dócil. Elegante, altivo, cariñoso, dócil y vigoroso. Ruego al Señor que nunca aparezca ante mí de otro modo. Su joven y futura esposa no pretenderá arrebatármelo, ya que ella también es dócil: bella, respetuosa y de lo más obediente. Rara vez me he cruzado con unos ojos de azul tan intenso como el de los suyos, que no perteneciesen a una persona obediente, por un lado, y dispuesta a someterse a un galán de ojos oscuros y mirada audaz, por otro, cual mansa ovejita que no se despega de su macho arrogante. Me siento feliz de que Pierre esté tan enamorado de Lucy y no de una altiva morena de ojos castaños o negros, con quien nunca podría vivir en buena armonía, porque ella siempre antepondría su estado de joven casada al mío de viuda madura, exigiendo para sí todas las atenciones de mi querido hijo, tan elegante, orgulloso, atento, dócil y vigoroso. ¡Qué muchacho más elevado en su pensamiento, así como noble por su porte y estirpe! ¡Y, además, tan dulce y sumiso! ¡Fijaos en su cabello! En verdad, ilustra aquel inteligente dicho de su padre, según el cual del mismo modo en que los potros más nobles deben asemejarse a una dama en tres puntos —cabello abundante, pecho hinchado y dulce sumisión—, un joven caballero debe tratar de parecerse a un potro de raza. ¡Adiós, Pierre! Espero que pases una mañana feliz.

Diciendo estas palabras, cruzó la estancia y —deteniéndose en un rincón— fijó su orgullosa mirada en el bastón del General, que Pierre había sacado la víspera, en uno de sus impetuosos arranques de alegría, de su lugar habitual en el salón de estandartes y los retratos de familia. Lo alzó en el aire y, meditativo, empezó a agitarlo de un lado a otro; después se detuvo y lo esgrimió como si fuera a pasar revista con él. Su sublime belleza siempre había encerrado un aire marcial; en aquellos momentos, su postura y actitud la hacían aparecer como la auténtica hija de un General. Pierre descendía de revolucionarios por ambas partes. Llevaba sangre de héroes, heredada tanto de la familia paterna como de la materna.

«Ésta es su herencia: ¡el símbolo del mando! Siento que se me hincha el pecho de sólo pensarlo. Sin embargo, hace unos minutos concebía su docilidad como una de sus más atractivas cualidades. ¡Extraña inconsistencia! ¿Acaso la dulce sumisión es el distintivo de un General? ¿En qué se convierte entonces su bastón, sino en una rueda de mujer? Algo hay aquí que no encaja. Bien pensado, prefiero que no sea tan dulce y sumiso conmigo, ya que resulta muy difícil para un hombre convertirse en héroe indiscutible y comandante de su raza sin rebelarse nunca contra el mandato casero. Ruego a los cielos que muestre su valor en alguna grata empresa que le aporte la dicha, y que no sea llamado a comportarse como héroe de una causa sin esperanza, ya que las causas oscuras o desesperadas convierten al hombre, por su crueldad, en un salvaje. ¡Concédele, Dios mío, huracanes que no le hagan desvariar! ¡Que soplen para él los aires de una indestructible prosperidad! De este modo, seguirá siendo todo

docilidad para mí y, a la vez, se comportará como un exaltado héroe ante el mundo».